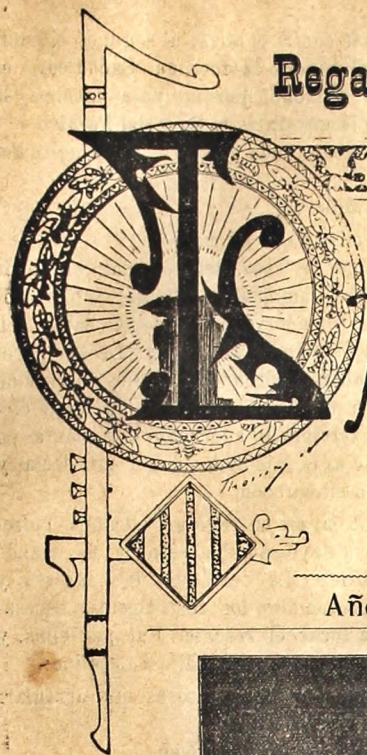


Regalo á los suscriptores de LA TRIBUNA POPULAR



LA SEMANA POPULAR

ILUSTRADA

Año I.

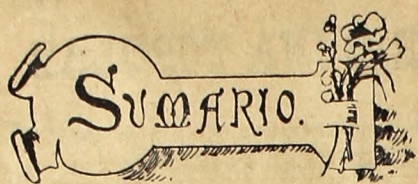
MONTEVIDEO.—Domingo 26 de Junio de 1892.

Núm. 26.



EL DESAYUNO





TEXTO.—*La Caja de ahorros.*—Una instantánea.
—*La infancia* (poesía).—*Dos días en Edimburgo.*—*De retiro.*—*Las estrellas.*—*Epitafios cómicos.*—*Explicación de grabados.*—*De aquí y de allí.*—*Postres.*

GRABADOS.—*El desayuno.*—*Timpano en mosaico en la iglesia de Amalfi.*—*Iglesia de Amalfi en Italia.*—*Aguilucho con su presa perseguido por golondrinas.*—*Escenas de Curlandia* (Rusia).—*El maestro Bretón.*

LA CAJA DE AHORROS

(Continuación).



os acostamos de nuevo, y ya en la cama, pintóme un mundo maravilloso, que me encantaba. Ya me veía atravesando el mar y almace-

nando barras de oro; después poseía un carruaje tirado por cuatro caballos magníficos; un criado que, á una señal, me presentaba una gran pipa de espuma con adornos de plata, y otro, que me llenaba las copas de Champagne. A mi lado estaba mi mujer, con un sombrero adornado con velo verde.

Después de haber fantaseado sobre todo esto, durmióse mi compañero, y yo hice otro tanto. De repente me desperté, como si hubiese sido víctima de una borrachera. Todo lo que había pasado lo veía claramente. Allí, delante de mí, estaba el cofre abierto y encima la libreta, iluminada por la luna. Salté de la cama para rasgar la hoja falsificada. Quiero perderlo todo, me dije; pero no tuve fuerzas para realizarlo. ¡Le tenía tanto cariño á la libreta! Me acosté de nuevo y me dormí profundamente.

Al otro día el maestro me preguntó si estaba enfermo, en vista del aspecto inquieto y fatigado de mi rostro. No supe qué contestarle, y cuando su mujer y sus hijos me dirigían alguna palabra cariñosa, oprimíase mi corazón. Se figuran, pensaba, que aún eres un hombre honrado, porque no saben que has hecho lo que no debías. El día en que lo descubran te plantarán en el arroyo. Algunas veces, cuando estaba comiendo, parecíame que de pronto iba á aparecer un agente de policía encargado de prenderme y conducirme á la cárcel. Entonces me llevaba la mano á la boca temeroso de pronunciar una palabra que me denunciase. Era tal el miedo que tenía de cometer una torpeza, que siempre que me preguntaban me costaba trabajo contestar. Necesitaba reprimir el pensamiento que me asaltaba.

Aún ahora, ya lo sabéis, y mi Catalina lo repite con frecuencia, que no hay nada que me cueste tanto trabajo como guardar un secreto. Esto es tan cierto, que cuando sé algo

que no debo decir á nadie, sufro lo mismo que si llevase un vaso en el bolsillo y temiese que lo rompiesen de un golpe. Figuraos, pues, las dificultades con que tropezaría para guardar aquel secreto que abrumaba mi conciencia. Así es que no me atrevía á llevar nada á la Caja de Ahorros, y daba un gran rodeo para evitar el paso por la calle en donde la habían instalado de nuevo.

No podía hablarle á nadie de mis angustias más que al Palatino. Y cuando le preguntaba si era posible que viviese tranquilamente el que había cometido un crimen, se echaba á reír, y me contaba un sinnúmero de picardías añadiendo que era un majadero todo aquel que no tomaba cuanto estaba á su alcance.

Aumentóse el número de nuestros compañeros, porque el maestro tenía mucho trabajo, y como la habitación la llenaban los recién venidos, no podía conversar con el Palatino más que de tarde en tarde. Un día que trabajábamos en la cárcel, me dijo:

—Aquí están encerrados todos los tontos; pero nosotros seremos pronto ricos y nos pasearemos en coche como ellos.

Poco á poco fui recobrando la tranquilidad en vista de que nadie tenía noticia de nuestro delito. Pero cuando al aproximarse las fiestas de Navidad, los hijos del maestro vinieron una mañana y se pusieron á saltar á mi alrededor, diciendo: «Sabemos una cosa que no queremos decir,» sus palabras me penetraron en el corazón como la hoja de un cuchillo. Aquellas inocentes criaturas sabían lo que su padre preparaba para dárnoslo como agninaldo, y gozaban con su secreto, mientras que yo guardaba en el fondo del corazón el secreto de un crimen, que si no se había cumplido ante los hombres, estaba consumado á los ojos de Dios.

El día de Noche-Buena, la criada del concejal Menninger vino corriendo al taller, y como me encontrase á la puerta, dijo que fuese precipitadamente á casa de su señor con todas las herramientas.

—¿Y he de ir yo precisamente? ¿No puede ir otro? le pregunté.

—Me ha dicho que te buscase. ¡Vamos de prisa!

—Espera un momento y te acompañaré.

El nombre del concejal me había asustado. ¿Sabrá acaso, me preguntaba, la falta que he cometido? A nadie le había enseñado mi libreta, y no pensaba hacer uso de ella hasta la primavera.

Cuando la conciencia no está limpia, en todas partes se ven fantasmas, porque los malos espíritus de una conciencia dañada bailan á nuestro alrededor. Por más que pensaba que para prenderme habría enviado un agente de policía en vez de la criada, no podía tranquilizarme y tenía miedo de todo.

Sin embargo, me puse en marcha con la joven, en cuyo semblante rebosaba la honradez, la bondad y la juventud. Cualquiera hubiese dicho que en sus ojos brillaban las puras luces de los cirios de la misa de Noche-Buena.

—¿Por qué me miras así? le pregunté por el camino.

—Mi padre era cerrajero como tú, me contestó, y muchas veces me decía: «El cerrajero es lo mismo que el cura y el médico: al pri-

mero se le confía el alma; al segundo el cuerpo, y al tercero la fortuna. San Pedro es nuestro patrono, porque para muchos la llave de la gaveta es la llave del Paraíso.»

—No tienes nada de tonta. ¿Y cómo te llamas?

—Catalina.

—Lo mismo que mi madre.

Llegamos á casa del concejal, en donde todo estaba iluminado y caliente. Subí al primer piso, y me introdujeron en una habitación cubierta de blandas alfombras. De las paredes colgaban cuadros con anchos marcos de oro. En medio de la sala había un diván circular de terciopelo, adornado con plantas en flor. Este es el lujo de los ricos, me decía, y palpitaba mi corazón.

El concejal me entregó un elegante cofrecillo, cuya llave se había roto, y me mandó que le abriese. La cerradura era inglesa, y no llevaba conmigo los instrumentos necesarios para tocar el resorte. Fui por ellos, y cuando volví, el concejal dijo á Catalina:

—Tengo aún muchas cosas que arreglar; quédate con el cerrajero.

—Bueno, contestó la joven.

—¡Qué bien alhajada está la casa! le dije á Catalina. Mucho trabajo debe costarte dejar estas magníficas alfombras para irte á vivir á una casita pobre.

—Ya tengo edad para pensarlo, me contestó Catalina. Dices que no soy tonta, porque te crees más inteligente que otros muchos, y sin embargo, no sabes las cosas que pasan en el mundo. Cuando se vive en una casa lujosa, se acaba por saber que lo mismo importa comer con cuchara de oro que con una de estaño; lo mismo pisar alfombras que ladrillos desnudos. Lo esencial es que se viva en paz, seguir un camino recto y tener una conciencia honrada.

Cuando oí esto, cayóseme la herramienta y no pude encontrar el ojo de la llave. Una nube obscurecía mis ojos; Catalina soltó la carcajada y díjome que yo no era tan hábil como creía. Por fin, después de muchas tentativas, abrí el cofre, y mis ojos se desvanecieron ante lo que contenía. Sobre una almohadilla de terciopelo azul brillaba un aderezo de diamantes.

Catalina dirigióse á la puerta y llamó á su señor. Pero apenas el concejal echó una ojeada sobre el estuche, agarróme la mano y dijo: «Aquí falta el alfiler, un alfiler con un diamante muy grueso.»

Yo temblaba como la hoja en el árbol, y pensaba: «Te han hecho venir para ponerte á prueba, y ahora te llevarán á la cárcel.» Ya estaba á punto de echarme de rodillas, cuando la voz de Catalina me sacó de mi estupor.

—¿Qué decís?... exclamó. Yo estaba presente.

—¡Silencio! También te registraremos á tí ¡Quédate!

Llamó á su mujer, y le dijo que pensaba regalarla un aderezo de su madre, y que había visto que faltaba la pieza de más valor. Después volviéndose hacia mí:

—Si no quieres que te registre, me dijo, mientras mi mujer registra á Catalina, llamo á la justicia.

—¡A mí! ¡También á mí! exclamó la joven.

Al ver á aquella honrada muchacha ultrajada por una odiosa sospecha, renuncié á la resolución que había tomado y me dejé registrar.

No puedo decir en este momento lo que entonces experimenté, y aún tiemblo al pensar el efecto que aquello me produjo. Me parecía que en vez de un hombre, yo era peor que un esclavo, un animal inmundo. Los escrúpulos que hasta entonces había tenido, se apagaron. Se cometía una injusticia conmigo, y esto me sublevaba. Después de aquel acto de crueldad, mi falta parecía una pequeñez.

(Se continuará).

UNA INSTANTÁNEA

Por FERNANDO DE FLEURY.



ISCRTÍASE entre gente seria sobre los inventos modernos y las prodigiosas aplicaciones de las ciencias, é invitado Santiago Belfranc, un joven alto, moreno, de fisonomía más sonriente de la que convendría á un profesor de matemáticas, á declarar cuál era á juicio suyo el descubrimiento más útil del ingenio humano, se echó á reír:

—Cómo! sereis capaces de pretender, que los inventos más útiles de los investigadores modernos son el vapor, los explosivos, la electricidad? Como si fuera un placer el viajar tan aprisa que es imposible gozar de los paisajes que se atraviesan, el hablar por teléfono á una persona á quien no se ve ni las narices, ó el encontrarse las ruedas fuera, aún sin dolor, por gracia de una bala venida sabe Dios de dónde! Para tener fama de hombres sabios, me pareceis todos bien locos!

Como estas paradojas del joven hacían sonreír á sus amigos, Belfranc continuó impertérrito:

—Pues sí! los inventos no valen sino en razón directa de la felicidad que nos traen. Por eso encuentro absurdos vuestros ferrocarriles, odiosos vuestros cañones, monstruosa vuestra dinamita. Por lo demás, para mí sólo hay un descubrimiento moderno laudable sin restricciones, una ciencia que es un arte al propio tiempo...

—Y cuál es?

—La fotografía.

Se oyó una gran carcajada. Indudablemente no había otro como Belfranc para burlarse en serio. Sin embargo, con una flemma asombrosa, el profesor continuó:

—Sí, la fotografía, que á nadie causa mal, y bien á mucha gente, que hace revivir en el hogar del hijo, inmortal como su recuerdo, las facciones adoradas de sus padres muertos, que consuela en la ausencia de los seres amados, y á la que finalmente debo mi matrimonio.

Reinó un gran silencio de curiosidad.

—He aquí cómo fué, prosiguió. Yo había comprado en cuanto aparecieron, uno de esos aparatos de fotografía instantánea, tan grande como un despertador, á todo tirar, ligero y portátil. Podeis esconderlo bajo el brazo, en el chaleco, poco importa; en el momento deseado, oprimis un botón, y todo lo que se encuentra delante del objetivo queda grabado en

la placa para siempre. Cuantas veces he provocado la estupefacción de gentes que me veían por primera vez, mostrándoles su retrato parecidísimo, muy natural, desprovisto de ese aire de encogimiento habitual en las fotografías hechas en el taller! Cuántas veces he puesto término á las protestas de los alumnos castigados que se lamentaban de la injusticia, mostrándoles su fotografía que les representaba en el momento en que con el brazo en alto me disparaban una bolita de papel mascado!... Pero voy á mi boda.

Me estrenaba en el profesorado en el colegio de Ambleville, y habitaba un cuarto pequeño en el primer piso. Frente á mi casa, dos planchas doradas anunciaban el despacho del señor Pradoux, notario, hoy mi padre político. Sobre las oficinas, la ventana de su despacho particular se abría frente á la mía, y como la calle era muy estrecha, podía ver perfectamente todo lo que pasaba en casa de mi vecino. Pues bien, desde el primer día no vi más que una cosa; á su hija Valentina. Ella iba y venía por las habitaciones, ocupada en las faenas domésticas,—porque el notario era viudo—animando con su risa argentina y su franca alegría aquel interior burocrático, adorable en fin—perdonadme este panegírico de mi mujer—en todo el maravilloso esplendor de sus diez y ocho abríles.

Su primera aparición fué para mí como un rayo, ese rayo que niegan los psicólogos sólo porque nunca lo han sentido.

Ay! pero también desde el primer momento se me apareció este amor tal como realmente era, loco, insensato, irrealizable y destinado á perpetuos dolores. Pradoux era rico, muy rico, y yo no tenía que oponer á sus escudos más que mezquinos diplomas, y honorarios más mezquinos aún. Así es que me encerré en mi amor silencioso como en un santuario, limitándome á contemplar tristemente á Valentina en una admiración cándida y discreta.

Un día se me ocurrió la idea audaz de fotografiarla instantáneamente, y al menos conservar su imagen. Llevé mi aparatito á la ventana y negligentemente, sin ostentación, retraté á mi bella vecina en el preciso instante en que besaba á su padre: otra vez fijé su imagen mientras regaba sus flores en la ventana. En una palabra, al cabo de un mes tenía una galería original, un verdadero museo de retratos de mi amada.

Con ella se veían retratados en mis placas una porción de personas que le hablaban ó que se encontraban con ella en el despacho de su padre en el momento de mi operación, y á menudo hojeaba á escondidas, feliz y melancólico á la vez, aquella colección preciosa donde se me aparecía igualmente hermosa, de frente ó de perfil, alegre ó pensativa, mi ideal vecina.

Un día ya no la vi, y supe que estaba enferma; luego, á la semana siguiente llegó hasta mí, otro rumor preñado de consecuencias. El notario estaba ó iba á estar arruinado, por obra de un banquero de reputación dudosa, pero cuya fortuna había el notario comprometido y perdido en malas especulaciones. Se hablaba aún de un proceso criminal posible. La causa se vería ante todo en el tribunal civil.

Me dirigí á la audiencia.

Pradoux tenía aspecto triste y abatidísimo, su semblante reflejaba, sin embargo, la inocencia y la honradez. Con ansiedad dolorosa vi sucesivamente al padre de Valentina, al querellante y á los abogados. El asunto se condensaba en dos palabras: el banquero había confiado un gran fajo de valores á Pradoux y pretendía que éste no se los había devuelto. Pradoux, por el contrario, afirmaba haberse los restituído en propia mano en su despacho. Pero el banquero negaba hasta la visita. No había testigos, pues Valentina estaba entonces enferma, y además, su testimonio filial ou tenía el menor valor jurídico.

La vista de la causa iba á cerrarse, probablemente con la condena de Pradoux, cuando su adversario volvió la cara al público con aire de triunfo. Inmediatamente reconocí aquella fisonomía por haberla visto á menudo. Pero dónde? Comprendí que era una cuestión de capital importancia.

De repente, la luz se hizo en mi espíritu. Aquella fisonomía estaba registrada en una de las numerosas fotografías instantáneas del despacho de mi vecino que yo había tomado desde la ventana. Es decir, que en ese caso, el banquero había estado en casa del notario?...

Sí, aquella visita que él negaba, la había hecho, y el tribunal debía saberlo.

Me lancé al encuentro del abogado de Pradoux, le expliqué la historia en dos palabras, y diez minutos después volvía sin aliento delante del tribunal, agitando una fotografía.

No había engaño posible: el parecido era completo: el notario, apoyado con una mano en la ventana, entregaba con la otra un rollo de papeles al banquero.

Adivinareis fácilmente el resto: el tribunal aplazó para dentro de ocho días la sentencia, que hubo de dictar en rebeldía, puesto que el honrado banquero puso la frontera belga entre él y la justicia, y Pradoux invitaba la noche misma á comer á su salvador providencial.

Valentina, delicada aún, y más bella con su palidez de convaleciente, se precipitó hacia mí.

—Habeis salvado la fortuna y lo que es más, el honor de mi padre, dijo estrechándome las manos; nada, absolutamente nada, podrá revelaros bastante nuestro reconocimiento...

—Pero sí, la interrumpí, pero sí!...

Y decidido á todo, conduje á Pradoux á su despacho... Allí le referí el secreto de las fotografías, y mi amor, y mis esperanzas... Abrevio: dos meses después Valentina y yo estábamos casados.

Santiago Belfranc se había detenido y paseaba una mirada satisfecha sobre sus estupefactos amigos.

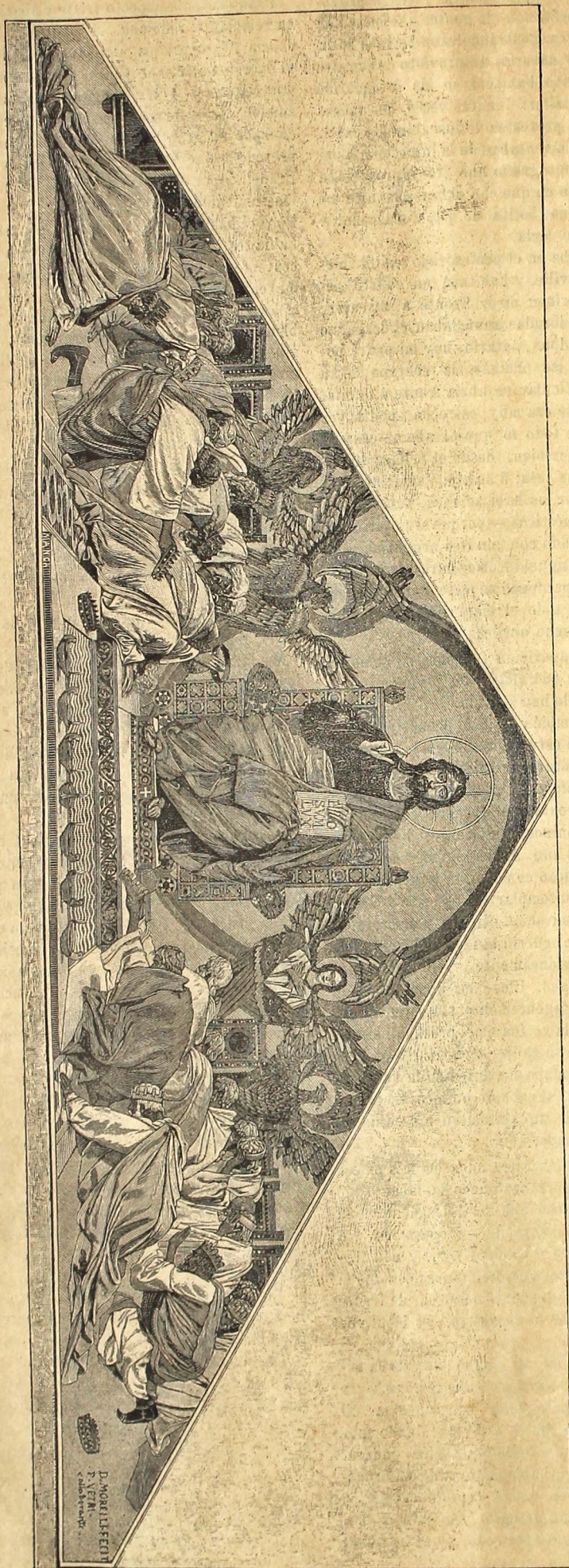
—Y he aquí, dijo sentenciosamente para concluir, como la fotografía puede hacer casamientos...

—Instantáneos, añadió uno de los presentes.

LA INFANCIA

Cielos azules,
Nubes de nácar,
Limpios celajes
De oro y de grana;
Campos floridos,
Verdes montañas,

TIMPANO EN MOSAICO EN LA IGLESIA DE AMALFI.



Valles amenos,
Cumbres lejanas,
Ricos paisajes
De sombras vagas
Que misteriosos
Pinceles trazan;
Luces que vienen,
Luces que pasan,
Nidos que pian,
Aves que cantan;
Angeles bellos
De blancas alas,
Sueños de oro,
Cuentos de hadas;
Días risueños,
Noches calladas
En que discurren
Negros fantasmas;
Ecos del aire,
Voces del agua;
Vagos perfumes
De esencia varia;
Mucha alegría,
Mucha esperanza,
Pocas tristezas
Y algunas lágrimas:
Esa, hijo mío,
Flor de mi alma,
Esa es tu vida,
Esa es la infancia.

JOSÉ SELGAS.

¡DOS DIAS EN EDIMBURGO



O nace aún mucho tiempo que el nombre de esta ciudad sonaba con cierto timbre mágico en los oídos de toda persona instruida. Aquí empezaron su carrera victoriosa por el mundo entero aquellas relaciones que entusiasmaron á nuestros

abuelos, que fueron el encanto de nuestras madres y que aún hoy constituyen las delicias de los paladares no estragados. En Edimburgo vivió Walter Scott. Que mundo de distancia entre la literatura que muestra como sus más preciadas flores el *Ivanhoe* y *Waverley*, y nuestro moderno naturalismo. Pero por más que se jacten los partidarios de esta tendencia, de pintar las cosas en su verdadero modo de ser, ninguno ha conseguido al describir sus héroes y el lugar de sus acciones, fijarlos con tal relieve y con tal fuerza en la memoria del lector como el antiguo y ridiculizado romántico.

Cuando la grosería y el lodo no habían hecho todavía su irrupción en la literatura, pudo el vate escocés, sin más que la vivacidad de su genio mesurado y exacto, y su sensibilidad artística, dar vida y apariencia corpórea al mundo de su fantasía. No sólo el viajero, todos conocemos las mesetas de Escocia con sus hombres heroicos y ardientes con sus mujeres bellas y resueltas; todos conocemos á Edimburgo, como si hubiéramos vivido en ella desde la niñez con su arrogante castillo sobre las altas rocas, con las tortuosas calles de la ciudad vieja, con los tenebrosos calabozos de su cárcel.

Walter Scott fué un hombre cuerdo; describió la parte vieja de Edimburgo, pero vivió en la nueva. En *Northcastle street*, no lejos del lugar donde se alza su estatua bajo la esbelta aguja gótica que constituye su monumento, vivió 25 años. Desde allí paseaba su mirada por las verdes montañas con el imponente castillo, sobre la masa de viviendas negras de la ciudad vieja. Vistas desde allí ofrecen un aspecto pintoresco, pero al acercarse salta á la vista la miseria, por las ventanas sucias, sin cortinas, sin flores ni plantas que las adornen. Bandadas de chiquillos sucios saltan por las calles y en los rincones de las casas. En las ventanas de casi todas ellas, cuelgan de cuerdas dispuestas para este objeto, las prendas de ropa blanca secándose, proporcionando al viajero un estudio completo de la ropa interior y casera del pueblo escocés.

No debíamos burlarnos, pues esta calle principal de la ciudad vieja que va en línea recta desde el monte del castillo hasta el antiguo castillo de Holyrood, es la más curiosa de la población desde el punto de vista histórico. Allí está la antigua iglesia de St. Giles, y el extenso edificio donde se reunía el Parlamento cuando todavía había reyes en Escocia. Ahora es el palacio de justicia de Edimburgo, donde estuvo Walter Scott de escribiente en su juventud. Hay que advertir que dedicaba a su empleo muy escasa atención, pues según nos cuenta su biógrafo, acostumbraba a ilustrar las márgenes de los autos con versos y bosquejos de novelas.

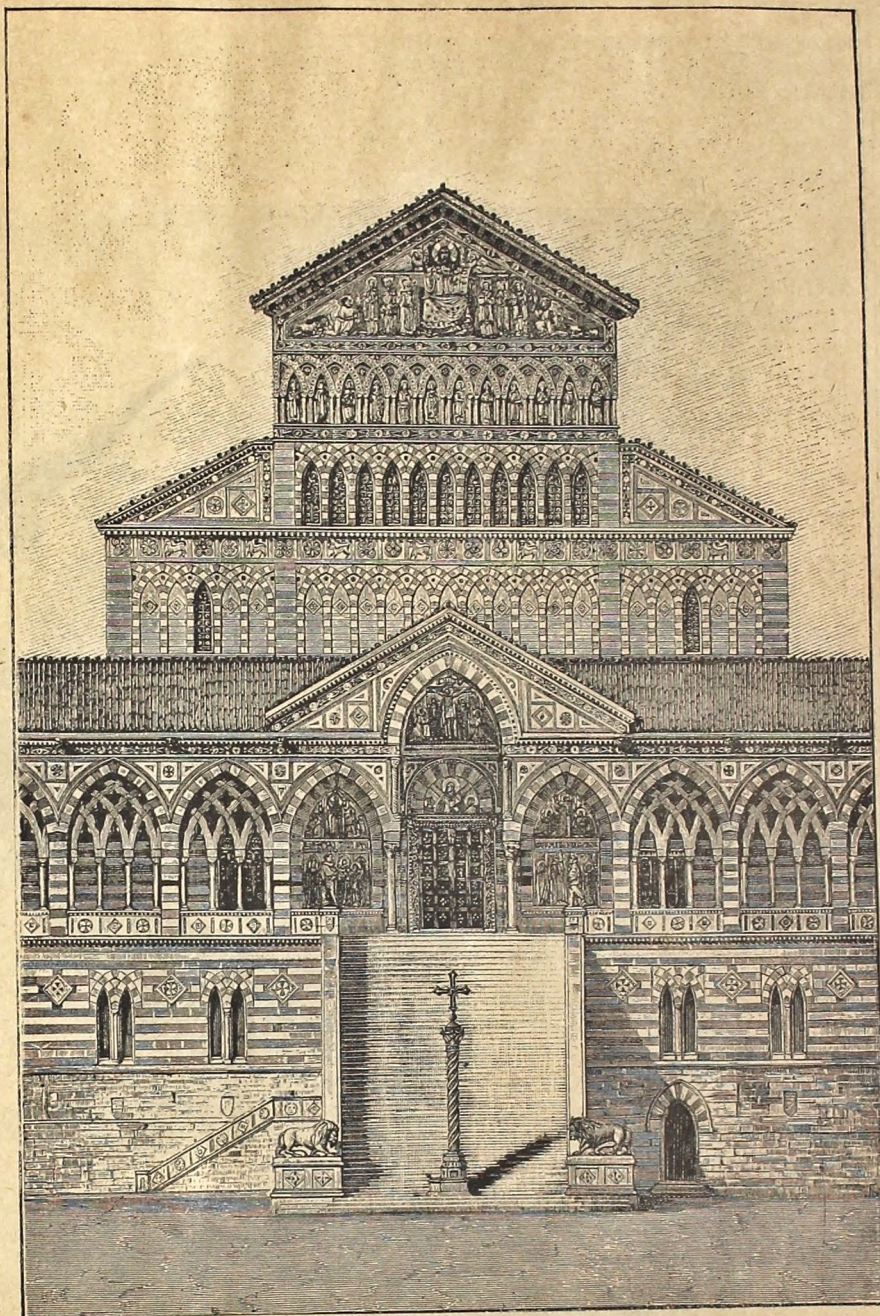
Siguiendo la calle llegamos a la casa de Allan Ramseys, uno de los poetas favoritos de Escocia en tiempo de Jacobo II. Todavía se conserva la tienda donde el peluquero y poeta esperaba a sus parroquianos, y en las ventanas se muestran sus sencillas poesías en impresiones económicas. Qué diferencia entre este trovador popular que componía alegre sus cantos y sin pretensiones al compás del peine y las tijeras, y su vecino el fanático reformador Juan Knox! Allí en frente se ve también al lado de la iglesia su antigua vivienda, construcción bien conservada todavía con ventanas de rejas y techos apuntados. Sin el menor deseo de visitar la morada de aquel hombre que sólo supo odiar y aborrecer, continuamos nuestra marcha.

Cierra la calle el castillo de Holyrood donde vivió la Reina María Stuardo. Puede verse la habitación de lord Darnley, y los aposentos de María, así como las ruinas de la capilla donde ambos celebraron sus desposorios. Schiller escribió su drama sin haber estado en Edimburgo; pero dudamos que su fantasía hubiera podido adquirir mayor vuelo a la vista de aquellas salas ahogadas, frías y estrechas. El lecho de la infortunada soberana, se halla rodeado por una doble reja.

Volvemos con satisfacción las espaldas a las curiosidades de la ciudad vieja para recrear la vista en la claridad, en la animación y en la belleza de la nueva. Una de las innumerables callejas que como surcos entre masas de viviendas se abren paso en la parte antigua, nos conduce rápidamente a la llanura, donde se alza la ciudad moderna compuesta de edificios de una arquitectura magistral.

Princes street es la mejor de sus calles y gracias a su situación, una de las más hermosas del mundo. Sólo *Princes street* merece un viaje a la «Atenas del Norte.» Paseando por aquella amplia avenida se ofrecen a un lado lujosas tiendas y almacenes con todo lo que puede desear el cuerpo ó el espíritu, mientras al otro se extiende un magnífico panorama. Sobre los verdes prados de unos jardines situados en hondonada se levanta una cordillera de pedregosas montañas, y en la más alta y más cercana de sus estribaciones asienta sus cimientos el castillo de Edimburgo. La vista que desde la altura se disfruta paseando los ojos sobre la populosa ciudad tendida en el llano, con los lejanos montes, con las aguas verdes del mar que lame sus orillas, es magnífica.

Una multitud animada se mueve en las anchas aceras; las tiendas se ven muy concurridas; no faltan elegantes cafés y pastelerías y en los hoteles entran y salen numerosos extranjeros. Edimburgo es una ciudad muy visitada; los habitantes no ignoran lo mucho que en este punto deben a Walter Scott; así es que su retrato junto con fotografías de María Stuardo y de Roberto Burns el poeta nacional, figura en todas las tiendas de objetos de arte. En cambio, no es común encontrar en las calles las figuras deliciosas que ha inmortalizado en sus novelas. Fácilmente se advierte las diferencias entre la belleza inglesa y la escocesa. Aquí las muchachas lindas parecen menos esbeltas, la cara es más redonda que el óvalo alargado de facciones finas de las inglesas, se ven



IGLESIA DE AMALFI EN ITALIA

mejillas más llenas, más rosadas, que parecen respirar salud, labios gruesos, ojos oscuros de mirada maliciosa y viva.

Todo ello produce una impresión agradable, bienhechora; recorriendo *Princes street* ó alguna de las calles adyacentes, cree uno hallarse entre sociedad distinguida.

El trabajo penoso y duro, reina en los arrabales, sobre todo en las orillas del Leith, el puerto de Edimburgo, en cuyos muelles se ven anclados barcos costeros y algunos grandes vapores de bandera extranjera.

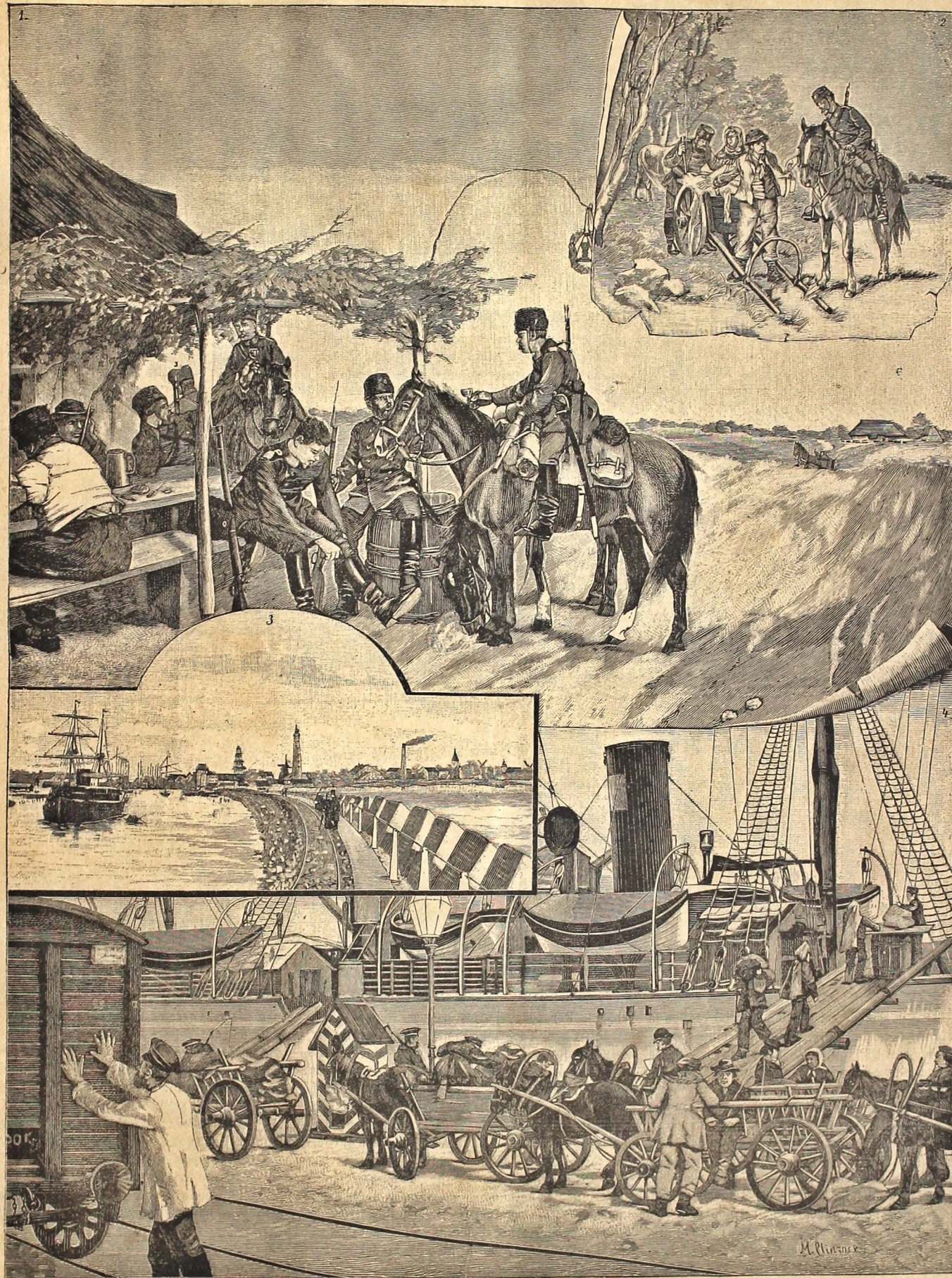
La ciudad da más muestra del trabajo intelectual que del manual. El influjo de la Universidad es manifiesto: Edimburgo es en cierto modo lo que Leipzig en Alemania, lo que en otro tiempo en España, Salamanca. La mayoría, sin embargo, de las grandes empresas editoriales, han trasladado a Londres su domicilio, pero Adams y Charles Black que deben su fortuna a las novelas de Walter Scott han permanecido fieles a su ciudad. La *Revista de Edimburgo*, donde Macaulay publicó sus brillantes *Ensayos*, no está ya a la misma

altura; el público se inclina más a las publicaciones de artículos cortos, que a la solemne revista trimestral con sus graves y extensos trabajos. Pero aunque el foco intelectual de Inglaterra se encuentre en Londres, la mayoría de los libros se publican hoy en Edimburgo. Aquí están las imprentas mayores del Reino Unido y sobre todo, la publicación de mapas se encuentra a gran altura: la casa editorial de A. Johnston and Co, es de fama universal. Algunos periódicos bien redactados se encargan de satisfacer la curiosidad diaria, entre ellos «The Scotsman», que goza del honroso título de *Times escocés*. Su propietario es el mismo John Findley, que desde hace años tanto viene contribuyendo con sus donativos al embellecimiento de su ciudad natal.

Genio satírico y humorismo no hay que buscarlos en Escocia, y es curioso, que haya venido a ser la miserable Irlanda, la que ha dado sus principales humoristas al Parnaso inglés. En Londres se teme la agudeza irlandesa, *the Irish wit*, porque levanta ampolla, muerde. Los periódicos satíricos encuentran abundante materia para sus



AGUILUCHO CON SU PRESA, PERSEGUIDO POR GOLONDRINAS



ESCENAS DE CURLANDIA (RUSIA)

COSACOS DE LA FRONTERA EN UNA VENTA. — CONTRABANDISTAS SORPRENDIDOS POR COSACOS. —

VISTA DE LIBAU. — EN EL MUELLE DE LIBAU.

LA SEMANA POPULAR ILUSTRADA.
DE PALMIPEDOS A BÍPEDOS



chistes en el tipo escocés, en su dialecto, en la originalidad de su traje; aún en las ciudades llevan muchos las faldillas cortas sobre las rodillas desnudas, y el *plaid* echado sobre el hombro izquierdo. Pero en el fondo poseen los escoceses condiciones de carácter que los hacen acreedores á toda nuestra estima. A primera vista son serios y reservados, pero demuestran gran cordialidad á los que conocen y aprecian. En el transcurso de su historia han dado repetidas pruebas de su incommovible fidelidad. El nombre del conde Douglas ha pasado á la posteridad; los poetas han inmortalizado su nombre, pero otros podían pretender el mismo honor. En el cumplimiento de su deber son tan escrupulosos como los ingleses, pero al mismo tiempo de un gran espíritu emprendedor. No hay que olvidar que Livingstone, el explorador africano, era escocés. Su sobriedad y su templanza son proverbiales, y á estas cualidades tiene mucho que agradecer Edimburgo. No se encuentra en ninguna parte el lujo del West-End de Londres, pero en cambio no se ve tampoco el indescriptible cuadro de miseria que ofrece White-

chapel. Por todas partes parecen reinar la comodidad y el bienestar. El que llega de Londres es ya sordo y ciego para toda manifestación estrepitosa de una ciudad gigantesca: pero el que viene fatigado y rendido del barullo del West End y la City, pasea complacido sus ojos sobre una población bien ordenada, cuya extensión es reducida, pero en cuyos límites se ve imperar el concierto, la tranquilidad, el orden. Dentro de los muros de Edimburgo se siente igual impresión que dentro de una casa donde haya una buena ama: no se ve en ninguna parte su tranquila actividad, pero insensiblemente se nota la bienhechora calma de su presencia, y desde el bullicio del mundo volvemos siempre con gusto á buscar aquel sosiego y apacible hogar.

DE RETIRO.

Jardín de una casa de campo en los alrededores de París. Es un hermoso día de verano.

BEAUVAIL (vestido como hombre que no ha renunciado aún del todo á la elegancia, aunque

tenga que apoyarse en un bastón). Daremos una vuelta por el jardín, si no te opones...

SU ESPOSA (cuyo traje revela pretensiones parecidas; también muy atropellada por los años). Con mucho gusto... A nuestra edad ya no hay miedo de que el sol nos estropee el cutis.

B. (Inclinándose por hábito de hombre que fue galante). Los años no se te conocen.

E. Oh! siempre galante!

B. Valiente galante de sesenta años! Bah! Tenemos la memoria para consolarnos ambos: y acaso no se hayan olvidado todavía nuestros nombres.

E. Hace tanto tiempo!

B. (Suspirando). Ah! sí!

E. Piensas aún en el teatro? Pues me parece que es una reminiscencia tan antigua... tan antigua, que cuando miro mi retrato... ya sabes, aquel en que estoy con el traje de Valentina de los *Hugonotes*... me parece contemplar la imagen de una cantante célebre, y no puedo admitir que aquella graciosa figura haya sido yo.

B. (Sonriendo). Yo también experimento la

Un sastre de rompe y rasga.



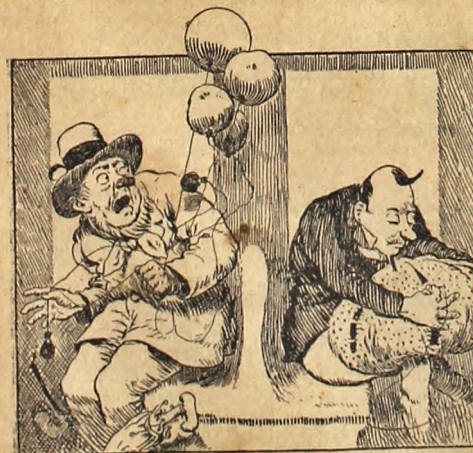
1.



2.



3.



4.

misma impresión cuando pienso en el pasado... Pero no lo confieso!

E. Todos nuestros éxitos han podido impedir que envejecamos como los demás mortales?

B. Ay de mí! no! Y acaso algo más pronto. El hecho es que todo es pura vanidad, en el fondo! Qué queda de nosotros que hemos sido una pareja ilustre? Podemos confesarlo entre nosotros. Una memoria... Los Beauval! Nuestros nombres brillaban con vivo resplandor en los carteles... Ah! todo pasa, y si nuestras facciones fuesen reproducidas hoy por los fotógrafos y los periódicos, quién nos reconocería? Después de todo, ¿cuándo hemos sido más felices que ahora, en medio de esta gran calma y de esta amable intimidad que no teníamos tiempo de gozar cuando pertenecíamos al teatro?

E. Es verdad! (*mirando un rosal*). Ves? tiene las hojas marchitas; habrá que decirselo al jardinero.

B. Diab! nuestro rosal más hermoso!... Sí, es un gran placer esto de no tener otra cosa que hacer que el filosofar tranquilamente! Yo por mí, aún me pregunto, no habiendo tenido motivo de queja, si volvería a tomar la misma carrera en el caso de que volviera a empezar mi vida por segunda vez... Tomarse tanto trabajo, para en definitiva no dejar nada, realmente nada detrás de sí!

E. Pues yo no echo de menos cosa alguna! Hay artistas que no quieren envejecer, que se obstinan en las ilusiones de una eterna juventud... Estoy muy contenta de haber tenido más juicio que ellos! Hay que retirarse! Paso a los jóvenes!

B. Sí, es la verdadera sabiduría! Saberse plegar a la vida, disfrutar del presente, y no consumirse en vanas lamentaciones. Todo estriba en eso... Quién nos hubiera dicho, en otro tiempo, cuando en medio de nuestro mayor renombre uníamos nuestros destinos, que con tanta facilidad habíamos de afeccionarnos un día?

E. Ah! nuestro matrimonio! Fué un acontecimiento en aquella época! La Belloni—por que había tomado este nombre—y Beauval, el tenor, ambos igualmente reputados, se casaban! Cuántas crónicas se escribieron sobre nosotros!

B. (*Después de un momento de vacilación*). Ah! permíteme, amada esposa! Me precio de ser modesto, y sin pretensiones, hoy... pero eso de «igualmente reputados» tal vez no sea rigurosa mente exacto... Debes recordar que había hecho ya entonces creaciones más brillantes que las tuyas.

E. (*Algo picada*). Oh, Dios mío! Yo no tengo la menor vanidad, absolutamente, pero valía tanto por lo menos como tú. Volví de Rusia donde sólo había tenido triunfos.

B. Pero yo estaba en la Opera, y ya sabes la situación que ocupaba!

E. Perdona. Olvidas que había rechazado las ofertas que se me habían hecho.

B. Confesarás que has alcanzado un elevado

lugar gracias a mí, y que te has aprovechado un poco de mi reputación.

E. Estás seguro, de que, por el contrario, no haya sido yo el que te haya ayudado a mantenerte largo tiempo en auge? Tu voz... tu bellísima voz... tenía ya sus desfallecimientos...

B. Perdona, pues no había más ídolo que yo, y cualquiera que fuera tu talento...

E. Estaba a la altura del tuyo, tenlo por seguro... Siempre has sido celoso, y cuando cantábamos juntos creías, no sé con qué fundamento, que los aplausos eran sólo para tí!

B. Tendría mis razones...

E. Y yo las mías, pensando que no hacían más que soportarte por consideración a mí, si hemos de hablar claro.

B. Esto es ya muy fuerte! Dí pronto que estaba cansado, aniquilado, hundido... Y pensar que tenías algunas notas... bastante extrañas. — Y nunca fuiste gran música.—Los directores de los ensayos podrían decir algo.

E. Nunca has sabido estar en escena... Con tus grandes explosiones de voz que daban pena tanto se notaba la fatiga, estabas ridículo.

B. No has oído jamás lo que decían de tí. Soy demasiado cortés para repetirlo.

E. Dilo, yo te lo suplico!

B. Si no hubiera sido por el interés que tenían en conservarme, ni se hubiera renovado tu contrato.

E. Es decir, que ignoras que los abonados dirigían exposiciones pidiendo que fueras despedido? Y no tenían razón al encontrarte común, poco inteligente, y no reconocerte otro mérito que cierta habilidad para ocultar tu carencia de facultades...

B. (*furioso*). No lanzaba acaso mi nota, mi famosa nota, mi nota legendaria, como ninguno ha podido hacerlo? En cambio tú, tú, mi pobre amiga, respirabas exhausta, aniquilada desde el primer acto...

E. (*indignada*). Ah! ah!

B. Oye, oye mi nota, óyela! (*Quiere dar una nota que no resulta, mientras por su parte la señora Beauval, prueba en vano a hacer un arpeggio que termina en un doloroso gemido. Este fracaso devuelve a los dos su sangre fría. Se miran algo confusos; después sueltan una carcajada*).

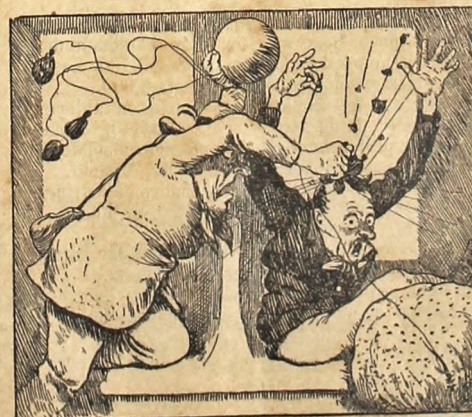
E. (*algo vacilante*). Pero qué es lo que hacemos? Afortunadamente nadie nos ha oído.

B. Y nos la echábamos de filósofos!

E. Te parece que hablemos de otra cosa? Veo que siempre conservas un flaco por el teatro, aunque no quieras confesarlo. Todas las veces que entramos en este asunto la conversación concluye así. Convengamos en que los dos hemos tenido gran talento...

B. Los dos!.. Los dos! (*Con aire de compasión desdeñosa*). En fin! por tener paz!

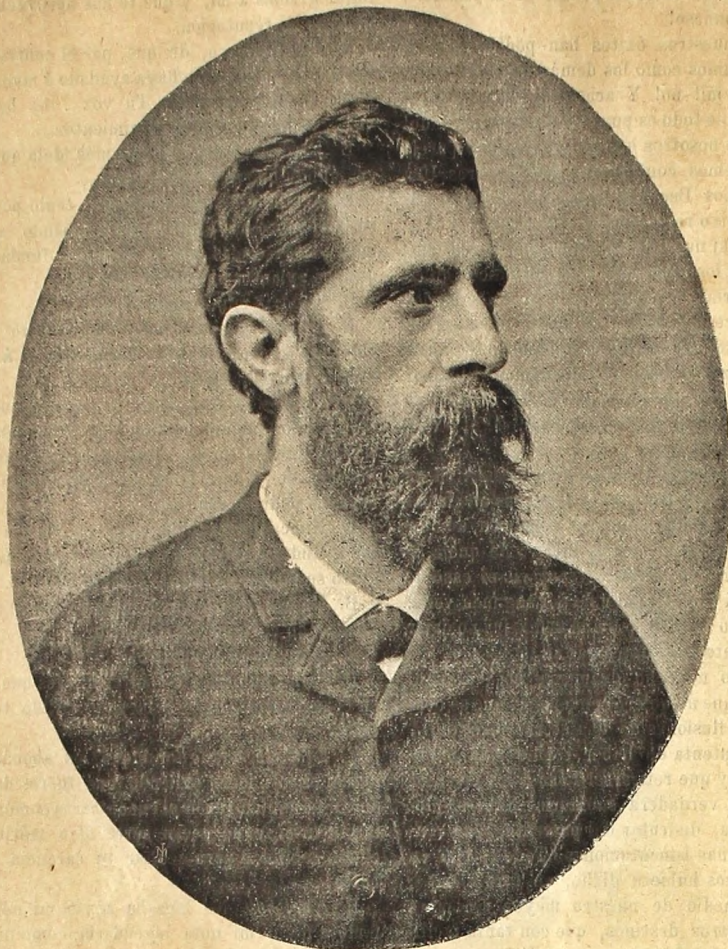
P. GINISTY.



5.

LAS ESTRELLAS

La ciencia astronómica es indudablemente la más antigua, y al mismo tiempo la más moderna. Esto que a primera vista parece una paradoja, es una gran verdad, si se tiene en cuenta que bajo el punto de vista de la observación, los astros debieron atraer las atónitas miradas de las primeras generaciones humanas; pero limitados los sentidos del hombre, especialmente el de la vista que había de servir para la observación astronómica, ésta no tuvo sino un muy limitado círculo de experimentación hasta los más recientes progresos de la óptica.



EL MAESTRO BRETÓN

AUTOR DE LA ÓPERA «GARÍN»

Entre los astros existen los que se llaman estrellas, que aparecen en el firmamento como puntos brillantes, de diferente resplandor. Desde la más remota antigüedad se ha dicho que el número de estrellas es *infinito*, que las estrellas son *innumerables*. La ciencia astronómica, favorecida por los progresos de la óptica ha aumentado considerablemente el campo de observación... pero hoy todavía el número de estrellas es *infinito*; estos astros continúan siendo *innumerables*.

**

Pero al decir que las estrellas no pueden contarse, debe entenderse todas las estrellas que hay en el cielo, porque nuestra vista, ó en general, nuestros medios de visión, son limitados. Mas la astronomía tiene contadas, y bien contadas, las estrellas que el triste desterrado en la tierra puede ver con los ojos del cuerpo, por más que ante los de la razón sean estos astros en número infinito.

Las estrellas visibles han sido clasificadas según su diferente brillo, más o menos intenso, que hace aparecerlas de distinta *magnitud*. La magnitud de las estrellas no entra para nada, en realidad, en esta clasificación, toda vez que, á menudo sucede que por razón de su distancia ó por otras circunstancias, tal estrella que aparece modestamente á nuestros ojos en sexto ó décimo lugar, en realidad es de las mayores.

La clasificación científica se funda exclusivamente en la apariencia... como sucede desgraciadamente en todo cuanto el hombre ó la sociedad clasifica ó califica.

Así, para los astrónomos existen diez y ocho estrellas de primera magnitud, á saber:

- 1.^a *Sirio* ó α del Gran Can.
- 2.^a η del Navío (variable de la 1.^a á la séptima magnitud).
- 3.^a *Canopo* ó α del Navío.
- 4.^a α del Centauro.
- 5.^a *Arcturo* ó α de Bootes.
- 6.^a *Rigel* ó β de Orión.
- 7.^a *La Cabra* ó α del Cochero.
- 8.^a *Vega* ó α de la Lira.

- 9.^a *Procion* ó α del Pequeño Can.
10. α de Orión (ligeramente variable).
11. *Achernar* ó α del Eridán.
12. *Aldebarán* ó α del Toro.
13. β del Centauro.
14. α de la Cruz del Sud.
15. *Antares* ó α de Escorpión.
16. *Atair* ó α del Aguila.
17. *La Espiga* ó α de la Virgen.
18. *Fomalhaut* ó α del Pez austral.

Después de éstas siguen:

59 Estrellas de 2. ^a magnitud,	
182 — 3. ^a —	
530 — 4. ^a —	
1600 — 5. ^a —	
4800 — 6. ^a —	

Se ha observado que el número de estrellas de una clase cualquiera es próximamente tres veces mayor que la que le antecede. Estas seis clases son las que se ven á simple vista sin auxilio de anteojo.

El número de estrellas que se ven á simple vista, pues, llega á 7,000; pero el común de las gentes no puede contar sino unas 5,700. Las vistas más excelentes cuentan hasta 8,000.

Pero el telescopio ha ensanchado notablemente el círculo de nuestra visión, y cada siglo parece que se perfecciona este ojo mágico, y sondea mejor las profundidades inmensas del espacio.

Así, con unos sencillos gemelos se distinguen las estrellas de 7.^a magnitud, en número de 13,000.

Con un anteojo terrestre se ven las estrellas de 8.^a magnitud, en número de 40,000.

Un pequeño anteojo astronómico hace descubrir las de 9.^a magnitud, que pasan de 100,000.

Un telescopio de mediana potencia hace ver las estrellas de 10 magnitud, cuyo número es de cerca de 400,000.

Continúa la progresión creciendo así. Las estrellas de 11 magnitud, son en número de un millón al menos, y pueden calcularse en tres millones las de 12 magnitud.

Al llegar á estas alturas el sabio ya no cuenta, calcula no más. Se calcula, pues, que las estrellas de 13 magnitud alcanzan el número de diez millones, y no bajan de treinta millones las de 14 magnitud.

Sumando todos estos números, formaremos el total de estrellas vistas y contadas por el hombre: este total es el de *cuarenta y cinco millones!*...

La distancia á que nos ha llevado la óptica, pues, es inmensa: de ocho mil estrellas que la vista natural puede contar, á la fabulosa cifra de 45.000.000.

Y sin embargo, no es éste todavía el límite alcanzado. Por medio de los poderosos telescopios contruidos en nuestros últimos tiempos, se ha penetrado más allá, se han contemplado las estrellas de 15 magnitud, cuyo número es prodigioso. Hoy puede calcularse que la cifra de las estrellas que el hombre puede contemplar pasa de *cien millones*.

¿Y más allá? Mas allá, el infinito poblado de estrellas todavía; allá donde sólo se divisan hoy día como un polvillo luminoso, mañana la astronomía descubrirá otra, y otra, y otra serie de estrellas.

Hoy puede decirse ya que aún las que la vista descubre son *innumerables*; las que la razón advina son en número *infinito*, como en la infancia de la humanidad. ¿Hemos adelantado algo?

S. F.

EPITAFIOS CÓMICOS.

Gran papel hizo en el mundo
El que pudre en este sitio.
—¿Fué ministro?—No señor:
Hacía papel continuo.

II

Aquí yace un asistente
Gastador en cierto modo:
Tuvo un poco de teniente
Y fué *general*... en todo.

III

Duerme la mona final
Un borracho en este nicho:
No le comen los gusanos,
Se le sorben los mosquitos.

IV

Tan amigo fué de dádivas
quien descansa en este suelo,
que salió á matar un toro
para morir *recibiendo*.

V

Un avaro yace aquí
Miliciano nacional.
—Gracias á Dios, que al fin vi
Un avaro *liberal*!

FRANCISCO NIÁPOLES.



EXPLICACIÓN DE GRABADOS

Las representaciones del «Garín» han constituido el acontecimiento artístico más importante de este año en Barcelona. Los que vieron en «Los Amantes de Teruel» el sello de un temperamento dramático y musical de primera fuerza, han encontrado en «Garín» confirmado su juicio de un modo decisivo.

Tomás Bretón nació en Salamanca en 1850 debiendo al cariño y abnegación de su madre la educación musical que recibió en sus primeros años; huérfano de padre, tuvo la viuda que enajenar sus cortos bienes para que Bretón se instruyera en el manejo del violín. El hijo correspondió con su aplicación y sus disposiciones á los desvelos de su madre y siendo casi un niño entró á formar parte de la orquesta del teatro de Salamanca. A los 15 años se trasladó á Madrid ingresando de primer violín en el Teatro de Variedades, pero el cólera obligó á

suspender las funciones y destruyó por el momento, las esperanzas halagüeñas de Bretón, y le obligó, para atender á las primeras necesidades de su familia, á aceptar una plaza en el café del Vapor, modestamente retribuida. Ingresó después en la orquesta del Teatro de Jovellanos, donde empezó á darse á conocer como compositor, posteriormente en la Sociedad de Conciertos, y por último, fué nombrado director de orquesta del Circo de Price, puesto que desempeñó durante diez años, dedicado al mismo tiempo al estudio y realizando verdaderos prodigios de fuerza de voluntad y economía. Por espacio de algunos años continuó dirigiendo orquestas, y hallándose al frente de la del teatro de la Plaza del Rey, escribió la primera zarzuela que estrenada con éxito, le animó á producir otras destinadas á teatros de menor importancia, hasta que cansado, sin duda, de una existencia que aunque activa y laboriosa, no ofrecía más que un mezquino porvenir, dedicóse á la composición de una obra de mayores alientos, y fué la ópera «Guzmán el Bueno», letra de D. Antonio Arnao, que después de grandes contrariedades consiguió ver puesta en escena en el teatro de Apolo, con extraordinario aplauso: el preludio, que ha quedado de repertorio en las sociedades de conciertos es una página instrumental de gran efecto, y magistralmente escrita. Signó al «Guzmán» el «Campanero de Begonia», y en 1880 fué contratado como tercer director de la orquesta del teatro Real. Por aquel tiempo se encargó de la dirección de la *Unión artístico-musical*: los que asistieron á las series de conciertos que dió con ella, recordarán aquellas campañas en que al frente de músicos, muchos de ellos bisños, dió á conocer obras importantes antiguas y modernas, y reveló sus condiciones excepcionales de director de orquesta, que confirmó después al aceptar la dirección de la Sociedad de conciertos de Madrid, que ha dirigido hasta hace dos años, levantándola del marasmo en que había caído. Antes de esto había obtenido la pensión de Roma, que le permitió viajar durante tres años por Italia, Alemania y Francia: resultado de esta pensión fueron: el «Apocalipsis», oratorio que se estrenó en Madrid en el Teatro del Príncipe Alfonso, y «Los Amantes de Teruel» que después de varios años de oposición y luchas consiguió ver representados en el Teatro Real con éxito extraordinario. Su última obra «Garín» viene á probar que la carrera de Bretón está aún en su período ascendente, esperando todos que después de ella han de venir nuevas creaciones á enriquecer el arte español con nuevas joyas.

La catedral de Amalfi figura entre los monumentos más curiosos del mediodía de Italia. Las influencias bizantinas, las de Norte, traídas por los invasores normandos, y las árabes de Sicilia, produjeron una serie de edificios de estilo original y de fisonomía característica. La catedral de Amalfi se ha restaurado en estos últimos años: el dibujo de los mosaicos que adornan la fachada, son obra del famoso pintor Domenico Morelli, que se ha inspirado al concebirlos en las antiguas pinturas de los mosaicos bizantinos, tan severas, tan majestuosas, en medio de su sequedad.

Amalfi, es una ciudad marítima al sur de Nápoles, que durante la Edad media gozó de gran poderío naval, hasta que los pisanos se apoderaron de ella y la saquearon.

Los dos cuadros que hoy publicamos «El desayuno» de Epp, y «Aguilucho con su presa perseguido por las Golondrinas» de Specht pueden servir de alegoría del bien y del mal obrar. El desayuno del niño que figura en el primero, es tranquilo y sonriente, como el de la inocencia; en cambio en el segundo, los gritos de las Golondrinas, parientes tal vez de la víctima, no dejan disfrutar en paz al raptor del fruto de sus rapiñas.

La Curlandia es una de las provincias bálticas del imperio ruso, al sur del golfo de Riga. Su extremo occidental se interna como un promontorio entre el golfo de Livonia y el mar Báltico, y es la parte que propiamente se llama Curlandia, es decir, *pais de los Cures*. La parte interior lleva el nombre de Semigalia; *semi*, quiere decir *pais*, pero se ignora la significación de las otras dos sílabas.

La Curlandia es la más poblada y agradable de estas provincias bálticas. Mittau, que es la capital, está situada en terreno llano, pero en lo restante del país se hallan colinas de poca elevación, y todo él está cubierto de matorrales y bosques y sembrado de lagos.

Libau es el puerto comercial de la Curlandia, situado á la desembocadura de uno de los 390 lagos que hay en ella.



El rey de Siam ha hecho construir, por un arquitecto chino, un pabellón que seguramente es el único en su género.

Es completamente de vidrio, paredes, techo y piso, y hállase recubierto en la unión de las paredes con un cemento impermeable, trasparente como el cristal. Sus dimensiones son 28 pies de largo con 14 de ancho, y se halla colocado dentro de un gran baño de mármol de hermoso aspecto.

Apenas entra el rey en el pabellón se cierra herméticamente la única puerta de entrada, y se abre una catarata de agua que cubre el pabellón hasta una altura de metro y medio, pudiendo respirar el monarca gracias á los grandes ventiladores que renuevan el aire con frecuencia.

En tan original estancia pásase el rey las horas más calurosas del estío.

El rector de una universidad inglesa ha tenido la curiosidad de averiguar el número de palabras usadas más comunmente, y dice que durante una conversación ordinaria sólo se emplean unas 500 palabras.

Los antiguos egipcios—dice el autor á que me refiero—sólo conocían unas 685 voces. El libreto de una ópera italiana contiene, por lo regular, poca variedad de palabras.

Un inglés bien educado que lee á menudo la Biblia, las obras de Shakespeare, el *Times* y todas las obras de una buena biblioteca, raramente emplea en su conversación más de tres ó cuatro mil palabras.

Los oradores más elocuentes no usan más de 10,000. Shakespeare, el más fecundo y variado de los autores ingleses, ha escrito todas sus obras tan sólo con 15,000 palabras diferentes.

«El Paraíso Perdido» de Milton, está formado con 6,000, y por último, el *Antiguo Testamento*, en el que se dice todo cuanto hay que decir, sólo tiene 5,632 palabras más ó menos repetidas.



Perspicacia maternal:
—Dónde vas, Alfredo?
—Mamá, á la Universidad.
—Cuidado, no bebas mucho.

Poder de la costumbre:
—Cuántos años me echa V.?
—Calculo que unos 30, pero por ser V. pondrémos 20.

—Mozo, he pedido sopa de cangrejos, y esta que estoy comiendo no es más que una sopa ordinaria.
—Es que el amo tiene siempre en cuenta, la imaginación de los parroquianos.

—Cómo prefieres el té, Rosita, negro ó verde?
—Yo, *té dansant*.

—Te aseguro que lo que más me dolía después de mi quiebra era el no poder seguir con mi excelente cocinera.
—Lo creo; y qué hiciste entonces?
—Pues me casé con ella.

Delante de una tienda de sombreros:
—Cuántos pobres pajarillos habrán sido desplumados para adornarlos!
—Y cuántos pobres maridos, para comprarlos!

Hay profundidades en el dolor, donde no puede echar el áncora la esperanza.

Los autores deben tener como los campos sus años de barbecho, si quieren volver á ser fecundos.

CHARADA

Era de ilustre apellido
el hidalgo *dos y cuarta*,
pendenciero con los hombres
y galante con las damas.
Entre el ala del sombrero
y el embozo de la capa
oculta la *prima cuatro*.
Todas las noches rondaba
para castigar airado
con el filo de la espada
á un rival que vió en la calle
de su dama á la *tres cuarta*.
Hallóle al fin una noche
y armó en la calle tal zambra,
que en la villa se le tiene
por el *todo* de más fama.

P.

Solución á la charada del número anterior:

ABECEDARIO.

PROBLEMA

Un propietario tiene 4 caballos que en 13 días se comen 10 fanegas de cebada; y otro propietario tiene 6 mulas que en 9 días se comen 13. Habiendo comprado el primero las 6 mulas del segundo; ¿en cuántos días se comorán los 10 animales 259 fanegas de cebada?

A. MASAGÜE.

Solución al problema del número anterior:

$$\begin{array}{rcl} 38 \text{ y } \frac{1}{2} & + & 7 = 45 \frac{1}{2} \\ 52 \text{ y } \frac{1}{2} & - & 7 = 45 \frac{1}{2} \\ 6 \text{ y } \frac{1}{2} & \times & 7 = 45 \frac{1}{2} \\ 318 \text{ y } \frac{1}{2} & : & 7 = 45 \frac{1}{2} \end{array}$$

LOGOGRIFO

1 2 3 4 5 6 7 8 9 — Nombre propio.
1 2 3 4 5 6 7 9 — Gerundio.
1 6 7 5 6 7 9 —
4 9 8 7 1 6 — Río.
1 2 3 4 9 — Nombre propio.
7 3 9 — Parte del cuerpo.
5 6 1 — Nombre propio.
8 3 — Nota musical.
9 — Vocal.

A. V. C.

Solución al logogrifo del número anterior:

MARCELINO.

ROMBO

1.º consonante; 2.º numeral; 3.º nombre; 4.º mineral; 5.º consonante.

Solución al problema del número anterior:

2	9	4
7	5	3
6	1	8

Tipografía de la Casa P. de Caridad.

Fíjense estos medicamentos

LOS QUE TIENEN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS PECTORALES

del Dr. Andrew y se aliviarán pronto por fuerte que sea. Sus efectos son tan rápidos y seguros que casi siempre desaparece la TOS al concluir la primera caja.

Para el ASMA prepara el mismo autor los Cigarrillos y Papeles azoados que lo calman al instante.

LOS RESFRIADOS

de la nariz y de la cabeza desaparecen en muy pocas horas con el

RAPÉ NASALINA

que prepara el mismo Dr. Andrew. Su uso es facilísimo y sus efectos seguros y rápidos.

en todas las buenas farmacias

PARA tener la BOCA

SANA, HERMOSA, FUERTE y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y los POLVOS de

MENTHOLINA DENTÍFRICA

que prepara el Dr. Andrew. Su uso blanquea la dentadura, fortifica notablemente las encías, evitando las caries y la oscilación de los dientes. Su olor exquisito y agradable perfuma el aliento.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba.—Emisión de 1886.

Con arreglo á lo dispuesto en el artículo 1.º del Real Decreto de 10 de mayo de 1886, tendrá lugar el vigésimo cuarto sorteo de amortización de los **Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886**, el día 1.º de junio á las once de la mañana, en la Sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, número 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.184,111 **Billetes Hipotecarios**, que se hallan en circulación. Los 1.184,111 **Billetes Hipotecarios** en circulación, se dividirán, para el acto del sorteo, en 11,842 lotes de á cien **Billetes** cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo trece bolas, en representación de las trece centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240,000 Títulos emitidos y los 1.184,111 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 4 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducir las en el globo, destinado al efecto, se expondrán al público las 11,609 bolas sorteables deducidas ya las 233 amortizadas, en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo, además, la Comisión Ejecutiva, Director Gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un Notario, según lo previene el referido Real Decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los **Billetes** á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de julio próximo.

Barcelona 14 de mayo de 1892.—El Secretario general, ARISTIDES DE ARTIÑANO.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA funcionando en ruido
PATENTE DE INVENCION

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

Al contado y á plazos.

18 bis, AVINÓ, 18 bis.—BARCELONA

CURSO DE FRANCÉS

PARA

SEÑORITAS

FOR

PROFESORAS FRANCESAS
CON INMEJORABLES REFERENCIAS

PRECIO

UN DURO MENSUAL

Córtes, 225, escalera izquier.ª, 3.º

DE SAN TAMBIÉN LECCIONES

EN COLEGIOS Y CASAS PARTICULARES

SERVICIOS

DE LA

COMPANIA TRASATLANTICA
— DE —
BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales: el 10 y 30 de Cádiz y el 30 de Santander.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina, Japon y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de enero de 1892, y de Manila cada 4 martes á partir del 12 de enero de 1892.

Línea de Buenos-Aires.—Viajes regulares para Montevideo y Buenos-Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo.—Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Servicios de Africa.—Línea de Marruecos. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesanos ó jornaleros, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los Sres. comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid: Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. Antonio López de Meira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª.—Málaga: D. Luis Duarte.

LA PREVISIÓN

Sociedad anónima de Seguros sobre la vida, á prima fija

DOMICILIADA EN BARCELONA

Dormitorio de San Francisco, núm. 8, principal.

CAPITAL SOCIAL: 5.000,000 DE PESETAS

JUNTA DE GOBIERNO

Presidente

Excmo. Sr. D. José Ferrer y Vidal.

Vicepresidente

Excmo. Sr. Marqués de Sentmanat.

Vocales

Sr. D. Lorenzo Pons y Clerch.

Sr. D. Eusebio Guell y Bacigalupe.

Sr. Marqués de Montoliu.

Excmo. Sr. Marqués de Alella.

Sr. D. Juan Prats y Rodés.

Sr. D. N. Joaquín Carreras.

Sr. D. Luis Martí Codolar y Gelabert.

Sr. D. Carlos de Camps y de Olzinelas.

Sr. D. Juan Ferrer y Soler.

Sr. D. Antonio Goyussolo.

Comisión Directiva

Sr. D. Fernando de Delás.

Sr. D. José Carreras Xuriach.

Excmo. Sr. Marqués de Robert.

Administrador

Sr. D. Simón Ferrer y Ribas.

Esta Sociedad se dedica á constituir capitales para formación de dotes, redención de quintas y otros fines análogos; seguros de cantidades pagaderas al fallecimiento del asegurado; constitución de rentas vitalicias inmediatas y diferidas, y depósitos devengando intereses.

Estas combinaciones son de gran utilidad para las clases sociales. La formación de un capital, pagadero al fallecimiento de una persona, conviene especialmente al padre de familia que desea asegurar, aun después de su muerte, el bienestar de su esposa y de sus hijos: á su hijo que con el producto de su trabajo mantiene á sus padres; al propietario que quiere evitar el fraccionamiento de su herencia: al que habiendo contraído una deuda, no quiere dejarla á cargo de sus herederos: el que quiere dejar un legado sin menoscabo del patrimonio de su familia, etc.

En la mayor parte de las combinaciones los asegurados tienen participación en los beneficios de la sociedad.

Puede también el suscriptor optar por las **Pólizas sorteables**, que entre otras ventajas presentan la de poder cobrar anticipadamente el capital asegurado, si la fortuna le favorece en alguno de los sorteos anuales.

